

Pero las horas pasaban: á la luz del sol sucedió la oscuridad de la noche que, á su vez, cedió su lugar al astro principal: y á las nueve y media del día 7, en medio de los vítores de un pueblo entusiasta, que cubria el espacioso muelle de la Habana, salia la flota hácia las ardientes playas mexicanas, henchido el blanco velámen por un viento en popa, deslizándose los buques por la superficie de las aguas como una ciudad flotante, engalanada con blancas colgaduras, celebrando una fiesta nacional.

CAPITULO X.

Una mujer ofendida.

En tanto que la flota, con viento bonancible y llena de entusiasmo, se dirijia á las playas mexicanas, llevando entre sus soldados al anciano padre de Pilar, volvamos á ocuparnos de los personajes que nos esperan en la capital de México.

Hemos dicho en uno de nuestros capítulos que, cuando la hermosa actriz Matilde escuchó de los labios de Rossi la causa de la indiferencia de Miguel, penetró en el gabinete destinado á recibir sus visitas, y que se dejó caer abrumada con el peso de un inesperado desengaño.

Aquel gabinete era, por decirlo así, el

museo que ostentaba por todas partes, los triunfos artísticos de la célebre actriz. Las paredes estaban cubiertas de lujosos cuadros dorados, puestos simétricamente, bajo cuyo brillante cristal, se veían curiosas y exquisitas coronas, que habían sido arrojadas á la fiel intérprete de los pensamientos de los poetas, al desempeñar los difíciles papeles de sus comedias favoritas. Debajo de esta línea de cuadros, y á distancia conveniente, se descubrían otros mas pequeños que contenían magníficos sonetos, con que los inspirados hijos de Talía, habían tratado de pagar un tributo de admiración, al esclarecido mérito de la aplaudida jóven. Enfrente de la puerta, lucía su primorosa hechura, un pequeño estante de finísima caoba, incrustado de exquisitas labores de concha y nácar formando caprichosos dibujos, que contenía varias obras lujosamente encuadradas que sus autores le habían regalado en prueba de la alta estima en que tenían su talento. Encima de este estante, y á una altura conveniente, se veía pintado al óleo, y del tamaño natural, el retrato del

mortal Maiquez, uno de los actores mas distinguidos que han pisado la escena española. En medio de la pieza, cuyo pavimento estaba cubierto por una exquisita alfombra turca de agradables colores, descansaba una mesita redonda de mármol blanco, sobre la cual se veía un precioso grupo de camelote, hecho en Oajaca, que representaba á Talía y á Melpómene, coronada aquella de hiedra, calzada de zueco, con una máscara en la mano, y ésta, como musa de la tragedia, vestida magníficamente, calzada de coturno, con un puñal en una mano, y en la otra con cetros y coronas, conduciendo al templo de la fama á la eminente actriz, á quien Apolo, con risueño semblante, ceñía una elegante corona de laurel y de siemprevivas: un elegante costurero, con riquísimo espejo de forma circular, estaba enfrente de un sofá forrado de damasco de seda azul con flores blancas, que hacía juego con las sillas y la cortina que velaba la entrada de la puerta: el resto del ajuar que adornaba la pieza, no presentaba nada que digno de atención fuese.

Matilde permaneció largo rato apoyado el codo derecho sobre el brazo de la silla, descansando la frente en la palma de la mano; su respiracion era agitada, sus labios estaban pálidos por la ira, y sus ojos se veian inyectados por la fuerza de la sangre que la indignacion habia llevado á su rostro.

Aunque es cierto que entre la fisonomía de esta jóven y la de Luisa, existia, á primera vista, una semejanza casi idéntica, desaparecia esta igualdad con poco que se examinasen las facciones de la una y de la otra.

En las de Luisa habia mas dulzura, tintas mas apacibles y suaves en su cútis, mas pudor en su virginal mirada, mas espiritualismo en su semblante, mas candor en su sonrisa, mas recato en sus palabras, mas compostura y dignidad en sus modales y movimientos. En Matilde se notaba esa mirada libre que se adquiere cuando el celestial pudor, ese toque delicado del alma virginal que de tantos hechizos rodea el bello contorno de la mujer, desaparece de su tierro corazón: en su fisonomía se advertia

mas atrevimiento; en sus palabras esa franqueza varonil que tan mal cuadra en los labios de una jóven; y en sus movimientos y en sus modales, esa desenvoltura que, aunque no reprehensible, rebaja notablemente el mérito de la que, por desgracia, se ha olvidado de que el recato y la modestia, son el mas bello adorno con que puede presentarse á los ojos del hombre, esa dulce mitad del género humano.

Miguel habia notado esta enorme diferencia, y por lo mismo fué perdiendo la jóven actriz á sus ojos, aquel encanto, aquel atractivo, aquel espiritualismo de que la habia rodeado la semejanza con la pudorosa Luisa.

Matilde era hermosa. Pero ¿qué es la hermosura sin pudor? Flor sin aroma que halaga la vista, pero que no interesa el corazón.

Aunque nuestra linda actriz sintió el terrible torcedor de los zelos, y permaneció largo rato sentada, proyectando la manera de vengarse de la mujer que le disputaba la posesion del hombre que amaba, pasado aquel primer momento de ira que ofuscó de

pronto su mente, dió entrada á la reflexion, y ya, mas tranquila, calculó que, el medio mas eficaz para descubrir lo que de cierto habia en las palabras de Rossi, era no darse por entendida con Miguel, y no dar paso ninguno hasta no estar plenamente convencida de que, en efecto, amaba á su prima.

Abrazado este plan, Matilde siguió como hasta allí, risueña y obsequiosa con Miguel, á pesar de que cada dia era mayor la frialdad de él y su tristeza.

La jóven al palpar aquella indiferencia, sintió aumentarse la furia de los zelos. ¿Y quién no es zeloso cuando ama de veras? ¿quién no es zeloso cuando su corazon pertenece exclusivamente á la persona que ama, y teme que lo desprecie y lo pisotee? . . . Matilde amaba, y por consiguiente era zelosa: habia entregado entero su corazon á Miguel, y no queria verlo despreciado y pisoteado por el mismo que amaba. ¿Cómo podria, pues, ver con calma, la fria indiferencia del hombre que era sus ilusiones, su esperanza, su amor y su ventura!...

Era imposible: el corazon de Matilde estaba henchido de amargura, y era preciso que reventara la pena que encerraba.

—¡Tú no me amas, Miguel!—le dijo un dia en que éste se mostraba mas triste y mas insensible á sus caricias; y las lágrimas corrieron con abundancia de sus bellos ojos.—¡Tú no me amas ya! . . .

Miguel levantó con languidez los ojos, y al verla llorar, exclamó.

—Sí; te amo.

—¿Por qué tratas de engañarme? . . . ¿Sé que amas á otra! sí, lo sé. . . . estoy persuadida de ello. . . . y esto me mata, Miguel. . . . sí; ¡esto me mata! . . . porque yo no puedo sobrevivir á tu indiferencia. . . .

—No llores, Matilde. . . . no llores, porque tus lágrimas me hacen mal.

—¿Por qué, pues, te has empeñado en hacérmelas verter? . . . Yo era muy feliz antes de conocerte. . . . porque entonces mi corazon ignoraba lo que era abrigar esa passion terrible que nos hace olvidar todo, para pensar únicamente en la persona que amamos. . . . entonces ignoraba que la re-

flexion, los consejos y las advertencias, venian á estrellarse en la firmeza del amor!... ¡Entonces era feliz!... ¡Pero ahora!... — Al llegar aquí se detuvo un momento, y luego prosiguió.—¡Ahora soy mas feliz que entonces... sí... ahora soy mas feliz... porque mas gratas y dulces me son las mismas penas que padezco por tí, que la calma fria en que viví hasta conocerte!...

—¡Matilde!... ¡hermosa mia!...

Exclamó Miguel abrazándola.

—¡Y es capaz de amarte esa por quien me olvidas, como yo te amo?

Miguel, dejándose llevar de lo que sentia en su corazon, y preocupado con el recuerdo de la mujer que amaba, no reflexionó en lo que iba á decir, y contestó.

—¡Ojalá!...

Pero no bien habian pronunciado sus labios estas palabras, cuando conoció su falta.

Matilde se retiró de él aterrada, pálida y sin aliento, y se dejó caer sobre una silla, donde permaneció por algunos instantes sin poder respirar.

Miguel se levantó asustado, y corrió á fa-

vorecerla, hasta que Matilde, recobrando sus facultades, le rechazó de sí, diciendo:

—¡Déjame... déjame!... ¡Vé con la mujer cuyo amor tanto codicias!...

Y sus ojos brillaron de cólera, y tomaron un aspecto amenazador.

—¡Matilde, perdóname!...—exclamó Miguel—te he ofendido, lo confieso: pero perdóname!...

—¡Me desprecias por otra mujer!...

—La conocí, por desgracia, antes que á tí, Matilde... Sí; fué una desgracia para mí conocerla!...

—¡Y has venido á emponzoñar mi vida, á engañarme, á robarme la tranquilidad que sin conocerte disfrutaba, sin mas miras que el ver en mí la imágen de la mujer que amas, de la mujer que detesto?... ¡No sabes, Miguel, que esa es una infamia!...

Y Matilde, con las mejillas encendidas por la violenta agitacion de los zelos, miraba á Miguel con los ojos inyectados y cubiertos de lágrimas.

Miguel conoció todo el peso de las reconversiones de aquella jóven á quien habia

engañado, y buscó todos los medios de desagradar; pero la ofendida actriz, sin atender á las disculpas con que procuraba calmarla, y dominada siempre por la ira, le preguntó con marcado afán.

—¿Y la amas aún?....

—No es digna de mi amor.

—¿Pero la amas?

Volvió á repetir con voz terrible Matilde.

—A pesar mio, á pesar de los esfuerzos que hago para olvidarla.

—Y creyendo que una cómica es un sér formado únicamente para suplir las faltas de esas señoras que os desprecian—dijo Matilde sonriendo con esa amargura de un corazón ultrajado;—creyendo que una cómica no merece vuestras atenciones, sino en cuanto os representa el objeto que amais, has dicho, entretengámosla; engañemos á esta mujer que se parece á la que amo; hagamos de ella el retrato de la ingrata que adoro; ¿qué me importa que mis palabras enciendan en ella una pasión profunda, inconmensurable? ¿qué me importa que yo despierte en ella esa misma pasión que consagro á otra? ¿qué

me importa hacer su eterna desgracia?... ¡al fin es una cómica!.... ¡una mujer destinada á entretener al público....!

—No, Matilde, no: te juro que nunca te he ofendido de esa manera. Verdad es que yo busqué tu amor, arrastrado por la semejanza que entre ambas existe; pero lo busqué para olvidarla, para amarte á tí sola, para desterrar de mi corazón y de mi memoria, la imagen de esa mujer que amo á pesar mio, por la que padezco y te hago padecer!....

—No prosigas:—le interrumpió Matilde con voz de trueno, no pudiendo reprimir el sentimiento profundo del amor propio herido.—¿No te basta haber labrado la desgracia de toda mi vida, sin que te complazcas en recordarme el odioso instrumento con que has herido de muerte mi corazón?

—Pero escucha....

—Nada quiero escuchar: tus disculpas solo sirven para hacerme ver mas y mas la vil manera con que he sido engañada.

Miguel insistió aún en tranquilizar, con

tiernas y sentidas expresiones, el corazón de Matilde; pero sus palabras, en vez de calmar, como él pretendía, sus zelos, no hacian mas que encenderlos mas y mas.

Conociendo entonces que, en el estado de exaltacion en que se encontraba Matilde, todo cuanto hiciera para vindicarse, produciria el resultado contrario de lo que se habia propuesto, determinó salir de la situacion molesta y embarazosa en que se encontraba, dejándola sola, hasta que, pasada aquella especie de frenesí, pudiese dar oídos á la ternura y á la razon. Tomada esta resolucion, que le pareció la mas acertada, se dirigió á la silla en que tenia su sombrero, y lo tomó en la mano.

Matilde leyó, con la penetracion del corazón que ama, el pensamiento de Miguel, y aunque interiormente sentia que se alejase, no quiso manifestar interes ninguno porque permaneciese á su lado: muy lejos de eso, cuando conoció que el primo de Maria, deseando dar la última disculpa fijaria los ojos en ella, dirigió la vista hácia otra parte tra-

tando de manifestar la mas alta indiferencia.

Miguel, pesaroso de haber labrado involuntariamente la desgracia de aquella mujer, estuvo por arrojarse á sus piés pidiéndola perdon; pero reflexionando que con sus demostraciones no haria mas que renovar la herida de los zelos, se quedó con timidez al lado de la puerta, junto á la cual habia estado el sombrero, y con recelo y tierno acento, dijo contemplando tristemente á la jóven.

—¡Adios, querida Matilde!

—Adios.

Contestó secamente la ofendida actriz, sin mirarle.

Miguel se alejó sin atreverse á pronunciar otra palabra.

—¡Ah!... ¡venganza!...—Exclamó Matilde en cuanto quedó sola.—Es preciso que esa rival renuncie para siempre al ingrato que me ha ofendido y á quien amo mas que á mi vida!... ¡Sí, es preciso que yo la vea, y que la vea en este mismo momento....!

Y sin detenerse un instante, entró en su cuarto, se vistió violentamente, y sin detenerse á reflexionar en lo que iba á hacer, se dirigió á la casa de María con el corazón reventando de celos.

CAPITULO XI.

Las dos rivales.

María se hallaba en su gabinete, entretenida en contemplar una hermosa dália que pocos días antes le habia regalado Miguel, colocada en un precioso tiesto de porcelana, cuando entró una criada anunciándole que la buscaba una señorita que deseaba hablarla.

—¿Una señorita?

Preguntó la jóven con extrañeza.

—Sí.

—Pero ¿estás segura de que es á mí á quien busca?

—Sin duda: ha pronunciado el nombre de vd., y aquí no hay otra María mas que usted.